

## Alfonso Reyes y el eterno conflicto entre dos *retóricas*

---

EUGENIA HOUVENAGHEL  
FWO-VLAANDEREN  
*Universidad de Gante*

### INTRODUCCIÓN

¿Cuáles son los «dos caminos» emprendidos por Alfonso Reyes en la recopilación de ensayos *Los dos caminos* (en adelante *DC*) (1980 IV: 237-354)? El ensayista disipa las dudas del lector respecto de esta pregunta, al dividir la serie en dos partes de igual extensión tituladas «España» (I) y «América» (II). La serie gira, más exactamente, en torno a los grandes escritores de la España y la América finiseculares: España anda –principalmente– por el 98, América por el modernismo. Según Reyes, los «dos caminos» del mundo hispánico se cruzan pocas veces. Cada cual va por su camino sin interesarse demasiado por los progresos del otro. El mensaje central de *DC* es una crítica al desconocimiento mutuo entre España e Hispanoamérica.

Reyes, quien reside en Madrid entre 1914 y 1924, no está como para conformarse con esta situación de desconocimiento. Redacta la serie *DC*, que se publica por primera vez en 1923, con la intención de persuadir al público de la necesidad de mejorar el entendimiento entre España e Hispanoamérica (*DC* I: 254, 264; *DC* II: 318, 339, 341, 343, 354). A pesar del objetivo retórico de la recopilación de ensayos, Reyes entreteje críticas muy fuertes contra la retórica en la misma serie de ensayos. El presente trabajo tiene el objetivo de profundizar en la actitud contradictoria de A. Reyes frente a la retórica. Así, en la primera parte, veremos más en detalle por qué y cómo Reyes ataca la retórica. En un segundo apartado, nos preguntaremos por qué medios retóricos Reyes procede para estimular al público hacia un mejor contacto entre España e Hispanoamérica.

## 1. LA RETÓRICA RECHAZADA

Según Fogelquist, el balance del contacto intelectual entre España e Hispanoamérica durante la época finisecular es decepcionante (1968). El estudioso dice que la situación de incomunicación se debe a un período prolongado de aislamiento, puesto que, después de las independencias, colonizador y colonias se habían vuelto prácticamente la espalda (10-30). ¿En qué consistieron las relaciones intelectuales del fin de siglo entre los dos polos del mundo hispánico? Fogelquist precisa el carácter ceremonial e inútil de las tentativas oficiales de acercamiento entre España y América (1968: 21-23). Describe las fiestas y los banquetes de la Unión Ibero-Americana, los abundantes discursos 'retóricos' de la Academia, las conmemoraciones de los Centenarios de la Independencia, que no carecen de buena voluntad pero sí de resultados prácticos. Al término de estas ceremonias, dice Darío, americanos y españoles permanecen «en sus desconfiadas soledades, colocados en actitud y con mirada recelosa, cada cual a un lado del gran abismo de la historia» (22). Lo único que queda de los discursos es «un poco de dulzor en la boca y otro poquito de retórica en el aire» (22).

Giménez Caballero, quien lanza en 1927 en *La Gaceta Literaria* el artículo polémico «Madrid meridiano intelectual de Hispanoamérica»<sup>1</sup> a propósito de las relaciones culturales España-América, es del mismo parecer que Fogelquist y Darío. Por un lado, Giménez Caballero defiende la posición de Madrid (frente a las pretensiones de París y Roma), al sostener que Madrid es «la más auténtica línea de intersección entre América y España»; por otro lado, alude asimismo a la inutilidad de las ceremonias de «los torpes excesos del hispanoamericanismo infausto» con «banquetes y cachupinadas, tremolar de banderas, fuegos de artificio retórico y disparos de magnesio». A más de ello, la producción literaria de la América española «sufrió descrédito» por causa del verbalismo ridículo de estas festividades. Giménez Caballero concluye que las ceremonias retóricas alejaron América de España en vez de aproximarla de ella.

Reyes insiste, primero, en la exageración y la poca calidad artística de los discursos 'retóricos' pronunciados con motivo de los encuentros oficiales entre América y España. Esta crítica se vuelve autocrítica: Reyes reproduce un discurso que él mismo pronunció en Madrid con motivo de una fiesta de la Raza, al cual añade una breve nota titulada *Si la sonrisa fuera un gesto oficial* . . . (DC II «La glorieta de Rubén Darío»: 320) en la que explica que una sonrisa hubiera sido más elocuente que el discurso entero. Luego resume, en lengua clara y despojada de toda pompa, el sentido de su discurso. En segundo lugar, Reyes denuncia el efecto contraproducente de la 'retórica' americanista. Dos fragmentos en los que Reyes expresa esta crítica:

1) «Porque –bueno es que todos lo sepan– nada hay más desacreditado aquí [en Madrid], que las prédicas de hispanoamericanismo, que las campañas para

<sup>1</sup> El artículo no tiene firma pero según la crítica es indudablemente de Giménez Caballero.

*estrechar los lazos* intercontinentales, que las fiestas de la Raza, que el cambio de serpentinadas retóricas de uno a otro lado del Atlántico.» (*DC II* «Sobre una epidemia retórica»: 348, el subrayado es de Reyes)

2) «El descrédito del americanismo en España se debe a dos causas complementarias: la ignorancia de los emisarios de América, y la ignorancia de los americanistas oficiales encargados de recibirlos. Si Baroja [...] ha gastado un tiempo precioso en burlarse (¡a estas horas!) del *rasta* americano; si ha gastado un tiempo no menos precioso en maltratar a los españoles de América, empeñado en subrayar los rasgos de sainete bajo los cuales se disimula la gran epopeya del comercio ultramarino, no, no acusemos a Baroja, no. [...] acusemos a la epidemia retórica del hispanoamericanismo, que ha puesto irrespirable el ambiente, desesperando aun a los más mesurados. (*DC II* «Sobre una epidemia retórica»: 348-349, el subrayado es de Reyes)

Las críticas de Giménez Caballero, Darío, Fogelquist y Reyes se centran en 1) el carácter sumamente redundante y pasmoso de los discursos pronunciados durante las fiestas oficiales del americanismo, 2) el efecto contraproducente de estos discursos respecto de las relaciones entre España e Hispanoamérica. 'Retórico' equivale aquí a inútil, poco convincente, redundante, vacío.

## 2. LA RETÓRICA APROVECHADA

Examinaremos, conforme a la retórica aristotélica, los tres elementos del discurso persuasivo: 1) el orador, 2) el auditorio y 3) el propio texto del discurso (Reyes 1983 XIII: 377-402). Es evidente que este análisis no agotará, ni mucho menos, los recursos retóricos de los que Reyes se sirve para convencer al público de estrechar los lazos culturales entre América y España.

### 2.1. *El orador*

Reyes, el orador-escritor, se perfila de modo muy personal en la parte titulada «España». Reyes logra este perfil personal de dos modos. Primero, mediante experiencias, opiniones, testimonios e impresiones personales, el autor afirma la presencia de un hombre de carne y hueso al origen del texto. El ensayista ilustra, por ejemplo, el texto del ensayo por medio de escenas de su propia vida (*DC I* «Apuntes sobre José Ortega y Gasset»: 265; *DC I* «Apuntes sobre *Azorín*»: 241). Además, Reyes inserta observaciones personales acerca de la obra de los autores del 98 (*DC I* «Apuntes sobre *Azorín*»: 257). A continuación, Reyes se interesa mucho por aspectos de la vida de cada día de los escritores españoles tratados. Don Alfonso no opta por una descripción rígida de la clásica vida y obra de los representantes del 98 sino que insiste más bien en las pequeñas cosas humanas: los rasgos del carácter, las costumbres peculiares, los detalles cotidianos. Reyes explica por ejemplo que Juan Ramón Jiménez necesita un ambiente silencioso para poder trabajar: divaga sobre los muchos problemas (el

fonógrafo de al lado, la pianola de abajo, los tacones de arriba) y el fracaso de igual número de soluciones (muros de corcho, muros de fieltro) (*DC I* «Apuntes sobre Juan Ramón Jiménez»: 270-272). Otros ejemplos: el ensayista describe con cordial afecto el «sonrojo como de pudor» de *Azorín* (*DC I* «Apuntes sobre *Azorín*»: 253), la «noble cabeza de Greco» de Juan Ramón Jiménez (*DC I* «Apuntes sobre Juan Ramón Jiménez»: 270) y la «amenidad misteriosa» de Ramón del Valle-Inclán (*DC I* «Apuntes sobre Valle-Inclán»: 278) y la tenacidad de Ortega y Gasset que busca su identidad «con una inquietud de adolescente o de niño heroico» (*DC I* «Apuntes sobre José Ortega y Gasset»: 261). La dulzura de las imágenes escogidas da la impresión de que los autores descritos le están muy próximos a Reyes. Un tono caluroso de amistad domina toda la parte española, el primer «camino» de *DC*.

Kibédi Varga explica, recordando la retórica aristotélica, la importancia de la estimación que el público hace de la línea de conducta del orador en el contexto de cualquier discurso persuasivo. Si el orador no actúa con rectitud, si el estilo de vida del orador se revela contrario a las ideas defendidas en el discurso, el orador corre el riesgo de destruir el efecto de sus palabras. Un comportamiento consecuente, en cambio, es el medio más fuerte de persuasión. Ahora bien, Reyes abogó a favor de una mejor comprensión entre España y América y él mismo da el ejemplo, al interesarse por las cosas de España, al establecer relaciones amistosas con los escritores españoles, al recordar los momentos felices vividos con ellos. La atención por las cosas personales (tanto del «yo» narrador como de los autores descritos) le permite a Reyes insertar palabras de amistad, de apreciación e incluso de cariño. Don Alfonso entreteje en *DC* las muestras de su actuación consecuente y, así, le persuade moralmente al lector.

## 2.2. *El auditorio*

Examinemos, en este apartado sobre el segundo elemento aristotélico del discurso persuasivo —el auditorio— el funcionamiento de la repetición en *DC*. Para más claridad, empecemos por dos ejemplos. En el primero, la reiteración rítmica hace hincapié en la función ejemplar de la simpatía de Valle-Inclán por América:

«Hay muchos que aman a América en su bienestar y en su sonrisa. Valle-Inclán resiste la prueba de la verdadera simpatía americana: a él lo que de América le enamora es *aquella* vitalidad patética, *aquella* cólera, *aquella* combatividad, *aquella* inmensa afirmación de dolor, *aquel* hombrearse con la muerte.» (*DC I* «Apuntes sobre Valle-Inclán»: 286, los subrayados son nuestros)

Otra reiteración sirve para subrayar que los modernistas hispanoamericanos, y en especial Gutiérrez Nájera y José Martí, tuvieron influencia en los escritores del 98, y particularmente en *Azorín*:

«[...] tampoco sería justo que las 'preferencias' de *Azorín* nos hicieran olvidar sus *deudas* para América; *deudas* que él es el primero en reconocer. Más

aún, *deudas* que, sin su propia declaración, no habríamos podido averiguar.» (DC I «Apuntes sobre *Azorín*»: 252-253, los subrayados son nuestros)

El efecto estético-emocional que la repetición produce en el lector tiene en primer lugar que ver con la velocidad del discurso. Por medio de construcciones repetidas, simetrías, quiasmos y paralelismos, el artículo acelera el paso (Fromilhague 1995: 25-26). Este dinamismo implica entusiasmo por parte del autor y es susceptible de provocar igual entusiasmo en el público lector. Otro efecto de la repetición es el reconocimiento (Fernández s.a.: 44). El elemento repetido funciona como hilo conductor e infunde confianza: el lector está más propenso a aceptar una cosa ya oída y reconocida. En breve, el efecto persuasivo ya no es moral, como en el caso del perfil personal del orador, sino estético-emocional; el lector se deja llevar por el ritmo persuasivo del texto.

Las dos técnicas persuasivas que acabamos de comentar bajo los títulos *orador* y *auditorio* consisten en argumentos no-rationales. Conviene recordar brevemente la función que los argumentos no-rationales —o subjetivos— cumplían en la antigua retórica aristotélica. Aristóteles —en su alegato a favor de la retórica contra el ataque de Platón— yuxtapone retórica, lógica y dialéctica, al considerarlas como modos expresivos distintos, pero todos filosóficos. La lógica demuestra la verdad y se dirige al científico. La retórica y la dialéctica, en cambio, persuaden de lo verosímil, respectivamente por el discurso persuasivo y por la discusión, y se dirigen al hombre medio (Declerq, 1993: 35). La lógica, que es puramente racional y objetiva, puede dispensarse de insertar argumentos morales o emocionales pero la retórica y la dialéctica, no (Reyes, 1983: 383). Por ello, Aristóteles analiza el componente subjetivo de la persuasión en el segundo libro de su *Retórica* titulada «Psicagogía» o «conducción de pasiones» (Aristóteles, 1991: 181-295). El libro versa tanto sobre el modo ideal de ser del orador (*ethos*) como sobre las reacciones emocionales que es preciso provocar en el auditorio (*pathos*).

### 2.3. *El discurso*

Tras el comentario de dos argumentos subjetivos de la argumentación de Reyes, pasemos ahora al apartado objetivo de la misma. Optaremos por aclarar la función persuasiva que el ejemplo cumple en DC. Lean conmigo dos casos ilustrativos. Un primer ejemplo, originario de la vida cotidiana, indica que muchos españoles se ríen indebidamente de los hispanoamericanos:

«Cuenta Rufino Blanco-Fombona [...] que cuando él buscaba algún calorífero más eficaz que el castizo brasero, *contemporáneo del hombre de las cavernas*, la gente se reía de él, pensando que, a fuer de tropical, no estaba acostumbrado a los climas de Europa. No les ocurre pensar —añadía, como hombre que, en efecto, ha vivido mucho tiempo en Europa— que a lo que no estoy acostumbrado es a vivir sin ciertas comodidades.» (DC II «Entre América y España»: 340, el subrayado es de Reyes).

El ejemplo siguiente, que proviene de una conversación parisiense, ilustra lo poco que los españoles del inicio del siglo XX saben de América:

«[...] en una pensión de París hablan de América españoles y americanos. La Marquesa de Pleamar [...] manifiesta cierta duda sobre la situación geográfica de aquellas Repúblicas. Y el Marqués de Pleamar aclara, categórico: ¡Naturalmente, mujer: si son islas!» (*DC* II «Entre España y América»: 340)

Kibédi Varga, tras haber comentado la moral del orador y la emoción del auditorio, dedica atención a la razón aristotélica, o sea, a los argumentos lógicos que constituyen el propio texto (1970: 33). Según el principio de razonamiento por analogía, el ejemplo (clasificado entre las figuras de pensamiento) persuade de la verdad de lo expuesto (Fromilhague 1995: 118-119). La ejemplificación apela a la razón: los ejemplos resultan concisos, claros, lógicos y por eso, eficaces. Le permiten a Reyes subrayar muchas veces, y sin aburrir gracias a la variedad de fuente y de forma de los ejemplos, la tesis central de *DC*.

Mediante el examen de este último elemento, el círculo aristotélico de la retórica se cierra. Este círculo consiste en los elementos 1) orador - 2) auditorio - 3) discurso; que corresponden, respectivamente, a la moral, la pasión y la razón. Resulta claro, a nuestro modo de ver, que A. Reyes aprovecha la retórica aristotélica para persuadir al público de que hace falta que los dos caminos del mundo hispánico se crucen más. El término 'retórico' equivale aquí al antiguo método de persuasión.

### 3. CONCLUSIONES

Cuando confrontamos la retórica aplicada por Alfonso Reyes en *DC* (una retórica útil, persuasiva) con la retórica criticada en la misma serie por el propio autor (una retórica inútil, ornamental), vemos que este conflicto corresponde al doble sentido que el término 'retórica' ha transmitido desde siempre. La característica principal y más problemática de la retórica es en efecto su dualismo forma/contenido. La retórica, «el arte de expresarse y de persuadir» (Robrieux, 1993: 2) es un sistema doble, tanto mental como oral, lo que es la razón de su peculiar estructura también doble: hay 1) el aspecto semántico o de asunto, el método mental de la persuasión, y 2) el aspecto formal o agencia oratoria, método del bien decir (Reyes 1983: 377). Determinar cuál de los dos es el elemento más importante de la retórica ha sido un asunto polémico desde el nacimiento de la retórica<sup>2</sup> y, como veremos, ha jugado un papel clave en la evolución posterior de la retórica.

La racionalización aristotélica de la retórica, llevada a cabo para contradecir las acusaciones platónicas de inmoralidad y arbitrariedad dirigidas contra la

<sup>2</sup> Ver *Gorgias* y *Fedro* de Platón. Ya tan pronto se establece la diferencia entre dos tipos de retórica: la logografía consiste en trucos, habilidades y mentiras para convencer de cualquier cosa; la psicagogía es la verdadera retórica en el sentido de búsqueda de la verdad (Robrieux, 1993: 10).

retórica<sup>3</sup>, hace que la esencia de la retórica griega sea claramente el aspecto semántico y no el aspecto formal (Declerq, 1992: 26-31, 41). Sin embargo, la pérdida progresiva de atención por el aspecto persuasivo se inicia ya con las teorías latinas de retórica. Es significativo que la retórica de Aristóteles se llama «teoría de la persuasión» mientras que la de Quintiliano se denomina «arte del bien decir». En la Edad Media y en el Renacimiento<sup>4</sup>, la retórica evoluciona en la dirección indicada por los latinos, dando progresivamente más énfasis al ornamento<sup>5</sup>. La atención va exclusivamente hacia la *elocutio* (ornamento) y la *actio* (la pronunciación) (Robrieux 1993: 23). Con el Clasicismo y el Racionalismo de los siglos XVII y XVIII, esta evolución culmina: la retórica se reduce definitivamente a una parte de la gramática<sup>6</sup> (Asensi, 1990: 7, Declerq, 1992: 7-9 y 163-166). A continuación, el Romanticismo es francamente hostil a la retórica-*elocutio*, porque la enumeración técnica de figuras no corresponde a sus ideas de individualidad y libertad. Así la retórica, como etapa final de su degradación, incluso pierde este último terreno gramatical que le quedaba (Declerq, 1992: 166). La retórica queda bien enterrada hasta la segunda mitad del siglo XX, cuando renace como «nueva retórica», nombre colectivo que incluye diferentes tendencias de recuperación de la retórica, sea la retórica instrumental (la hermenéutica<sup>7</sup>), sea la retórica ornamental (el estructuralismo<sup>8</sup>). La nueva retórica reabre pues la polémica argumentación/ expresión, el eterno conflicto que atraviesa la historia de la retórica como un hilo rojo (González Bedoya, 1988: 7).

Por lo que es de la posición de Alfonso Reyes en este conflicto, la serie *DC* nos da una idea de su actitud: el ensayista rechaza la retórica ornamental y es partidario de la retórica instrumental. El efecto suasorio de la retórica aristotélica, perdido en las ceremonias 'retóricas' del americanismo finisecular en Madrid, se logra en *DC*, una serie deliciosamente persuasiva.

<sup>3</sup> Sobre las acusaciones de Platón, que se basaban en los abusos del poder de la palabra de los sofistas, ver Declerq, 1992: 26-31. Para una defensa de las aportaciones de los sofistas, en cambio, leer Robrieux, 1993: 8-9.

<sup>4</sup> Consultar Murphy: 1971 (Edad Media) y Sonnino: 1968 (Renacimiento).

<sup>5</sup> Sobre el papel de Pierre de la Ramée, Ramus (1515-1572), en esta literarización progresiva de la retórica, ver Declerq, 1992: 163-164.

<sup>6</sup> Más aún: la retórica, restringida a una de sus dos partes, el estilo, se reduce posteriormente a una sola figura, la metáfora. Ver Genette, 1972: 21-39. La tendencia de la Edad Moderna de limitar la retórica a un manual técnico de estilo se cristaliza en el *Traité des tropes* de Dumarsais (1730) (Declerq, 1992: 165). Señalamos también la significación de los jesuitas (como Gracián y su tratado *Art et figures de l'esprit* de 1647) en la enseñanza y los ejercicios pedagógicos de la retórica-*elocutio* (Robrieux, 1993: 24).

<sup>7</sup> Esta se inicia antes de la retórica estructuralista y continúa hasta los años 90. Una diferencia radical respecto a la corriente estructuralista es que aquí todos hablan de la decadencia y de la muerte de retórica por causa de la restricción de la retórica, entendida como situación de enunciación total, a una retórica, entendida como *elocutio*-ornato. La intención de la retórica hermenéutica consiste en rehabilitar la retórica como globalidad, conforme al modelo aristotélico. En la retórica hermenéutica, la retórica se aplica a dos ámbitos. Primero a la filosofía (Gadamer 1976, Perelman 1989), segundo a la teoría del discurso literario (Ricoeur 1971).

<sup>8</sup> Unos ejemplos de neoretórica estructuralista (típica para los años sesenta y setenta) son Cohen y el Grupo  $\mu$  quienes redescubren la retórica-*elocutio* y trabajan en torno a la oposición entre un lenguaje natural (el grado retórico cero) y el lenguaje literario, figurado (el grado retórico marcado).

## OBRAS CITADAS

- ARISTÓTELES. 1991. *Rhétorique*. Paris: Librairie générale Française.
- ASENSI, MANUEL. 1990. «Retórica logográfica y psicagogis de la retórica (notas sobre la retórica en la actualidad» en *Revista de Literatura*, LII, 5-46.
- COHEN, JEAN. 1982. «Teoría de la figura» en *Investigaciones retóricas*, Buenos Aires: Comunicaciones.
- DECLERQ, GILLES. 1992. *L'art d'argumenter*. Paris: Editions Universitaires.
- DUMARSAIS, CESAR CHESNEAU. 1977. *Traité des tropes*. Le Nouveau Commerce.
- FERNÁNDEZ, PELAYO H. s. d. *Estilística*. Madrid: José Perrúa Tarranzas.
- FOGELQUIST, DONALD F. 1968. *Espanoles en América y americanos en España*. Madrid: Gredos.
- FROMILHAGUE, CATHERINE. 1995. *Les figures de style*. Paris: Nathan.
- GADAMER, HANS-GEORG. 1976. *Vérité et méthode*. Paris: Seuil.
- GENETTE, GÉRARD. 1972. «La rhétorique restreinte» en *Figures III* Paris: Seuil.
- GIMÉNEZ CABALLERO, ERNESTO. 1927. «Sobre el meridiano intelectual de Hispanoamérica» en *La Gaceta literaria*, 1: 8, 1.
- GONZÁLEZ BEDOYA, JESÚS. 1989. «Perelman y la retórica filosófica» en *Tratado de la argumentación*. Madrid: Gredos, 7-26.
- GRACIÁN, BALTASAR. 1983. *Art et figures de l'esprit*. Paris: Seuil.
- GROUPE  $\mu$ . 1970. *Rhétorique générale*. Paris: Larousse.
- GROUPE  $\mu$ . 1977. *Rhétorique de la poésie*. Bruxelles: Complexe.
- KIBÉDI VARGA, ARON. 1970. *Rhétorique et littérature*. Paris: Didier.

- MURPHY, JAMES. 1971. *Medieval rhetoric*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- REYES, ALFONSO. 1980. *Los dos caminos* en *Obras completas IV*. México: F.C.E., 237-354.
- REYES, ALFONSO. 1983. *La antigua retórica* en *Obras completas XIII*. México: F.C.E., 347-558.
- ROBRIEUX, JEAN-JACQUES. 1993. *Elements de rhétorique et d'argumentation*. Paris: Dunod.
- SONNINO, LEE A. 1968. *A handbook to sixteenth-century rhetoric*. London: Routledge and Kegan Paul.